

## Libros vacíos, papeles falsos

Blank Books, Fake Papers

**Alejandro Zambra**

Universidad Diego Portales

alejandro.zambra@udp.cl

En este artículo se comparan las obras de las escritoras mexicanas Josefina Vicens y Valeria Luiselli, intentando establecer un territorio en común, pero sin obviar las naturales y significativas diferencias. Se trata de autoras que indagan y buscan nuevas formas de expresión literaria y que resuelven de un modo distinto la búsqueda de una identidad: mientras que los personajes de Vicens luchan infructuosamente por conseguir unos rasgos seguros, los de Valeria Luiselli parecen aceptar y aun necesitar la diversidad de rostros que ofrece la literatura.

**Palabras clave:** literatura mexicana, identidad.

This article compares the works of Mexican writers Josefina Vicens and Valeria Luiselli, trying to establish common grounds without forgetting their natural and meaningful differences. These authors explore and seek new forms of expression and resolve their search for identity in different ways. While Vicens' characters are unsuccessfully struggling to acquire definite features, Luiselli seems to accept and perhaps yearn the diverse facade offered by literature.

**Keywords:** mexican literature, identity.

1. Quizá exagero la simetría: son dos mujeres, mexicanas ambas, cada una con dos libros. Y acaso los títulos conforman una suma, o una resta (es un chiste no muy bueno: si sumamos –o restamos– *El libro vacío* y *Los años falsos* nos da *Papeles falsos*). Pero qué distintas son, en otro sentido, sus trayectorias. Josefina Vicens publicó muy poco y tardíamente: su primer libro apareció en 1958, cuando ella tenía 47 años, y el segundo en 1982 (a los 71), mientras que Valeria Luiselli ni siquiera ha cumplido 30 y ya publicó *Papeles falsos* (2010) y *Los ingravidos* (2011).

No quiero exagerar. Yo solo digo que entre estas narradoras hay un aire de familia. Y no creo que se trate de un hecho aislado, porque Josefina Vicens figura en el árbol genealógico de varios escritores latinoamericanos actuales. Por lo demás, los nuevos padres o abuelos (orilleros todos, de un modo u otro, del *boom*: Julio Ramón Ribeyro, Mario Levrero, Clarice Lispector, Héctor Libertella, Enrique Lihn, por nombrar algunos) no se preocuparon demasiado por la descendencia y quizás por eso nunca fueron lecturas obligatorias. Quienes se acercan a ellos lo hacen –lo hacemos– por verdadera afinidad y no para hacer cuentas con el canon.

Tal es el caso de Josefina Vicens, una autora todavía semisecreta. En una de las pocas entrevistas que concedió, cuenta que alguna vez Juan Rulfo le preguntó por qué tardaba tanto en publicar otra novela, y la broma tenía sentido, pues finalmente la obra de Vicens fue incluso más breve que la de Rulfo: la edición que en 1987 hizo el Fondo de Cultura Económica cabe hasta en el bolsillo de la camisa.

2. Josefina Vicens tardó ocho años en escribir *El libro vacío*, una obra que pone en escena, justamente, el proceso de un narrador (en sus dos novelas la autora opta por una voz masculina) que lucha contra la famosa página en blanco: “Esto que ves aquí, este cuaderno lleno de palabras y borrones, no es más que el nulo resultado de una desesperante tiranía que viene no sé de dónde”, anota el hombre, y remata con estas frases agrias, de obligada e inútil autocompasión: “Todo esto y todo lo que iré escribiendo es sólo para decir nada y el resultado será, en último caso, muchas páginas llenas y un libro vacío” (54).

Parece la pesadilla de un diletante, pero a Vicens no le interesaban las aventuras de taller literario. Al contrario, lo que siente el personaje es el deseo lúcido de construir una obra que merezca existir, a pesar de la palabrería generalizada. “Escritor es el que distribuye silencios y vacíos”, dice en un espíritu similar Valeria Luiselli (*Papeles falsos* 79), y en *Los ingravidos* la imagen se concreta más, se vuelve “infinitiva”: “Generar una estructura llena de huecos para que siempre sea posible llegar a la página, habitarla. Nunca meter más de la cuenta, nunca estofar, nunca amueblar ni adornar. Abrir puertas, ventanas. Abrir muros y tirarlos” (20).

La originalidad de *Papeles falsos*, por cierto, no está en los temas que aborda, sino en el modo de tratarlos, y aquí también vale otro cliché: como siempre sucede con los sujetos que viven intensamente la literatura, parece que los temas eligieran a Valeria Luiselli, que ella los encontrara de paso, como si de tanto pensar en algunas imágenes accediera, naturalmente, a un desarrollo, a una trama inminente. También es admirable la manera como baraja estos temas: el libro le debe su —por decirlo de algún modo— integridad a un cuidado proceso de montaje, pero los numerosos títulos y subtítulos nunca llegan a molestar: en lugar de interrumpir la lectura la acompañan, actúan como discretas señales de ruta.

3. *Papeles falsos* no prefigura una novela como *Los ingrávidos*, y sin embargo, después de leer ambas obras, persiste una coherencia y hasta parece —exagerando— que la novela fuera la versión ficcional del libro de ensayos. Hay una diferencia importante de grado, en todo caso. La ironía, por ejemplo, en la novela sigue siendo fina, pero sin duda aumenta: la misma voz que en los ensayos susurra y escribe como para leerse a sí misma, en la novela se abre camino a través de una o de varias máscaras.

La protagonista de *Los ingrávidos* es una mujer joven que vive con su marido y sus dos hijos en una casa grande y vieja del DF. A veces se corta la luz o se va el agua o se tapa el baño. A veces un fantasma se pasea por las habitaciones y prende la estufa. A veces la mujer escribe con la mano izquierda porque la guagua necesita su mano derecha para dormir la siesta. Pero escribe más bien de noche, como ella dice hermosamente, “una novela silenciosa, para no despertar a los niños” (13). “Las novelas son de largo aliento”, apunta la narradora, más adelante: “Eso quieren los novelistas. Nadie sabe exactamente lo que significa pero todos dicen: largo aliento. Yo tengo una bebé y un niño mediano. No me dejan respirar. Todo lo que escribo es —tiene que ser— de corto aliento. Poco aire” (14). Lo del niño mediano es un chiste: es el hermano mayor, pero como todavía no es grande prefiere que lo llamen el niño mediano. Y el mediano también interrumpe a su madre, con sus innumerables hallazgos y preguntas, algunas verdaderamente difíciles de responder (“¿Por qué los animales no pueden salir del zoológico ni tú de la casa, mamá?”, 93).

También la interrumpe el marido, que de vez en cuando lee lo que ella escribe y se siente retratado, o bien rebusca, en la ficción, algún posible desmán en el pasado de su mujer. Porque ella escribe sobre sus días de libertad en Nueva York, cuando usaba minifaldas y pasaba el tiempo leyendo poemas y pernoctando con amigos locos y raros, unos años de paseos, de búsquedas medio ociosas y sin embargo fundamentales. Pero no se crea que *Los ingrávidos* es una mera novela de añoranzas o que su objetivo es denunciar el marasmo de la vida adulta o algo parecido. El tono de Valeria Luiselli es difícil de definir: en este libro hay mucho humor y una distancia exquisita que aumenta o decrece sin que sepamos preverlo.

La novela avanza alternando el presente de pañales y *transformers* y el pasado neoyorquino de sexo casual, complicidades e imposturas. Trabajaba, entonces, como ayudante en una editorial que publicaba obras minoritarias de la literatura latinoamericana, aunque el gran sueño de su jefe era encontrar al nuevo Roberto Bolaño, por lo que la joven debía leer con ojo clínico a autores que, en todo caso, nunca se parecían lo suficiente a Bolaño. Es así como surge la figura del poeta Gilberto Owen, que de golpe se le vuelve una obsesión, y trata de venderlo inventando que Louis Zukofsky lo había traducido, y traduce ella misma los poemas de Owen, convirtiéndose, de este modo, en una falsificadora profesional. La novela da un inesperado y brillante giro hacia la voz de Owen, que empieza a invadirlo todo con sus peripecias. De pronto es más bien Owen quien cuenta o imagina la historia de la narradora y de paso acaba convenciéndonos de que somos fantasmas vagando por las estaciones de metro. Fantasmas que no asustan a nadie.

4. También Luis Alfonso, el protagonista de *Los años falsos*, es un impostor, pero el signo en este caso es muy otro. "Todos hemos venido a verme", dice Luis Alfonso al comienzo del relato (227) y hay dolor en esa frase, dolor e ironía: tiene 19 años pero la muerte de su padre lo ha convertido en un viejo, o en un tipo lamentable que replica, con fidelidad y cobardía, una vida ajena. Gracias a los amigos del finado, Luis Alfonso hereda el trabajo de su padre como asesor de un político que a poco andar se convierte en Subsecretario, y que llegará tan alto como suelen llegar los que obedecen a los jefes y gritonean a los subordinados.

Luis Alfonso se llama igual que su padre y todo el mundo dice que el parecido físico es asombroso. Lo que no saben es que el hijo ensaya ante el espejo hasta los gestos de su padre, pues la repugnancia y la admiración se confunden al punto que ya no quiere vivir por sí mismo. Quiere ocupar un lugar seguro o bien desaparecer, quedarse él en el cementerio y permitir que el muerto vuelva a pasar los días bebiendo, jugando al dominó y durmiendo con Elena, la amante que, ya entregado por entero a la imitación, Luis Alfonso también hereda.

La novela muestra a una clase política dispuesta a lo que sea con tal de enriquecerse y el drama del personaje es precisamente ese: que ha sido preparado para el oportunismo y la voracidad, y el deseo de ir contra la corriente no le sirve de nada, pues no tiene fuerzas para ser algo más que esa caricatura que fue su padre. "Todos hemos venido a verme", piensa entonces, en el cementerio, adonde ha ido con su madre y sus hermanas para conmemorar el cuarto aniversario de esa muerte que él siente como propia: "Yo podría hablarte de lo que es estar allá abajo, contigo, en tu aparente muerte, y de lo que es estar aquí arriba, contigo, en mi aparente vida" (241).

Luis Alfonso no consigue un lugar propio, no trasciende la corrupción que lo inunda todo, mientras que la protagonista de *Los ingravidos* es

una desarraigada y cosmopolita que quiere multiplicarse, que anhela “el anonimato que conceden las muchas voces de la escritura” (34). Luis Alfonso es a ella lo que Kafka era a Pessoa.

5. En *El libro vacío* el protagonista lucha contra la palabrería o contra la tradición y *Los años falsos* escenifica el problema de la herencia y la derrota de los hijos. También es posible leer ambas obras como relatos íntimos, más bien reacios a dimensiones mayores, pero ese énfasis sería injusto, pues en los libros de Josefina Vicens la intimidad es una condena, el último y obligatorio refugio ante un mundo hecho pedazos. Los personajes quieren integrarse al mundo, pero el único modo que tienen de hacerlo es reconociendo su soledad radical. Los personajes de Valeria Luiselli están menos solos, o no están solos en lo absoluto, porque los acompaña la literatura, que los salva paródicamente, o quizás más bien los salva la certeza de que finalmente sus vidas fragmentarias y fantasmales son *narrables*, aunque para ello haya que ampliar el edificio literario y traficar con formas nuevas.

“Hay personas que saben contar su vida como una secuencia de eventos que conducen a un destino”, leemos en *Los ingravidos*: “Si les das una pluma, te escriben una novela aburridísima donde cada línea está ahí por un motivo: todo engarza, como en la cobija asfixiante que teje una abuela para su nieto” (124). Valeria Luiselli no es, desde luego, una de esas personas: no ha querido normalizar la novela, adecuarla a los modelos rutinarios, no ha querido aburrirnos ni aburrirse, porque adora las lagunas, las fallas, esos múltiples indicios que nos demuestran que hay muchas vidas en una vida, que morimos varias veces antes de verdaderamente morir, que nunca acabaremos de descifrar lo que nos sucede ni lo que somos.

Los libros de Vicens abordan la parálisis, la tentación del silencio y de la inmovilidad, mientras que en los de Luiselli adular los papeles y cambiar de identidad son condiciones de existencia (o subsistencia). Puede más, en todo caso, el aire de familia: pienso que gracias a libros silenciosamente radicales como los que escribió Josefina Vicens es posible una búsqueda tan plena y ambiciosa como la que ha comenzado, con pulso firme, Valeria Luiselli.

## Obras citadas

- Luiselli, Valeria. *Papeles falsos*. Ciudad de México, Sexto Piso, 2010.  
 Luiselli, Valeria. *Los ingravidos*. Ciudad de México, Sexto Piso, 2011.  
 Vicens, Josefina. *El libro vacío. Los años falsos*. Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1987.